

Y la hormiga  
no sabe  
por qué vuela  
el faisán.

Andan ... Vuelan...  
Viven... Mueren...  
Vienen...  
Van...

Lagos de hierro y sangre,  
las manos tienen sed.  
Cumbres de piedra y cóndor,  
bate sus alas la voz.

De maíz la argamasa.  
De acero, pan y carbón.  
Huellas verdes.  
Toses negras.  
Cantos grises.

—Cuál dolor...?

La costa. La mina.  
La pala. El cañón.  
Hay redoble entre los huesos.  
Canto de muerte  
el poder.

Desde el principio...  
—Yo soy tu imagen.

Desde la forma...  
—Sangre y sudor.

En las tinieblas...  
—Sombra sin nombre,  
raíz y savia,  
signo y color.

Dolor de los mensajes  
estériles de ecos.  
Dolor de tierra virgen  
que no habrá florecer.  
Las señales borradas  
desandan sus caminos.  
Las gotas de la lluvia  
son de carne y de flor.

Una ventana en el viento.  
Signo y sombra el corazón.

Carne de tierra.  
Luz consumida.  
Flor de desierto.  
Vienen...  
Van...

Carlos María Campos Jiménez  
Costa Rica, 21-Enero-1957

## PROTESTA

Ay mis manos!  
—campos de trigo—  
sembrando  
hulla y sangre.  
Ay mis ojos!  
—campos verdes  
pintados  
de horizontes—,  
soñando alambradas.

El amo ha sembrado  
estacas de esclavos.  
El árbol prohibido  
da frutos de uranio.

Los días...?  
Golpes secos  
anémicos  
de nombres.  
Ayer, mi compañero  
fue tachado  
en la lista.  
Ayer...?  
O hace ya un año?...

En mis poros  
se han pegado  
palabras.  
En mi lengua  
se han dormido  
lanzadas.

En la mina  
no hay razas,  
ni lenguas,  
ni colores.  
Sólo hay brazos,  
sudores.  
Espejismos de aldea  
escondida en  
taladros,  
vagones,  
linternas,  
dolores...

Para qué los idiomas,  
cuando hay una lengua,  
—prisiones, prisiones—,  
que la entienden todos?  
—Eran rojas, muy rojas  
las flores.  
Eran negras, muy negras  
sus trenzas.

Eran suaves, muy hondas,  
muy lentas,  
las tardes.

Putrefacto fue hallado  
en el bosque.  
No había flores,  
Ni llantos.  
Ni salmos.  
Ni estrellas...

Tardes que juegan  
con voces de niños.  
Cantos de cuna  
con manos de madre.  
Campos benditos  
por los arados.  
Sol de la siembra.  
Lluvia de paz.

Cuando llegaron "ellos",  
secáronse los gestos.  
Cuando hablaron sus manos,  
apreció el dolor.

Esposas...?  
Hijos...  
Padres...?  
Preguntad por sus nombres  
a una Agencia extranjera.  
Tal vez ellos encuentren  
sus huellas en la nieve.  
No hay cruz que los recuerde.  
Ni voces que los llamen.

Hasta nuestro silencio  
llegaron voces libres.

En su aliento llegaba  
resplandor de esperanza!

Tendiéronse los arcos  
de los pechos en lucha.  
Respondieron las manos  
arrojando el temor.  
Abriéronse las puertas,  
y fulguró la luz.

Después...?

Largos vagones  
llevándose los hombres...

—Y la ayuda  
del libre?

Llegó entre unas cajas  
de leche condensada.

--A un hombre que muere  
arrojarle una flor!

Será que la justicia  
tiene ahora dos lenguas?  
O será que mis ojos  
ya no pueden ver luz?

—Ay, mi pecho  
florecedo de espigas!  
Ay, mis labios,  
con sabor de canción!...

Las manos extendidas  
esperan otras manos.  
En la boca  
hay hormigas.  
En el aire,  
hay hedor...

Carlos M<sup>o</sup> Campos Jiménez

Costa Rica, 26-I-1957.

## Los caballos de la victoria

(En Rep. Amer.)

*La Remonta* — Muy discutido el episodio de la Guerra Nacional contra Walker que se refiere a la intervención de los caballos asustados de las llanuras de Ostocal en la batalla de San Jacinto, el 14 de Setiembre de 1856. El testimonio de Joaquín Artola, campista de la hacienda, relata cómo él andaba trayendo los caballos, cómo se espantaron al pasar las guerrillas de Liberato Cisne, cómo él, montado en su potro de sabanero, persiguió a los filibusteros. Si no como Historia vale conservar el hecho como leyenda.

Ellos son... Ellos son... Ellos son...  
Vienen del horizonte en llamas; vienen  
con las alas del viento prendidas en los cascotes.  
Vienen de las placetas de la libertad  
—el aire puro, los pastos verdes, el lomo virgen,—  
al estruendo de la mañana conmovida...  
La llanura se estremece de relinchos  
y ágiles potros van tras las yeguas.  
Los remos delanteros como hoces  
enarcadas,  
los belfos tragándose los aires;  
moros, manchados, prietos y retintos,  
hembras y varones  
en su carrera loca, desbocada,  
son como un huracán a la deriva.  
Algunos se detienen de improviso  
y parados violentos en sus patas  
semejan un signo que interroga:  
las crines son banderas desplegadas.  
Otros estiran sus cuerpos y sus muslos  
en el ímpetu fugaz de su carrera  
como si alguien —o algo— les gritara.  
La sangre les fermenta a los disparos...

Ellos son... Ellos son... Ellos son...

Representan a la raza que juega su aventura.  
Son las voces de la tierra preñadas de coraje.  
Son el ansia de la Patria deprimida  
por la filibustera bota, con remaches.  
Es la nicaragüense pampa que se irrita,  
que muerde la conquista, que se exalta;  
que improvisa relámpagos de piedra  
y fragua en la protesta del relincho  
la amenaza brutal de la patada.